

Crítica de Libros

LO BELLO Y LO SINIESTRO

Eugenio Trias

Ed. Seix Barral. Barcelona 1982

Me resulta especialmente agradable presentar este libro de Eugenio Trias porque expone una reflexión complementaria a la que yo hago en este mismo número de la Revista.

También Trias considera que lo siniestro es categoría estética fundamental para abordar la obra de arte. No hay, finalmente, belleza si la forma no está animada por lo siniestro, lo que viene a coincidir con la idea de forma inconclusa, una forma que muestra velando lo inabordable, el fantasma que teje un deseo primitivo que debería permanecer oculto a fin de no amenazar la familiaridad o la certeza yoica. «Lo fantástico encarnado», así define Trias lo siniestro. En el cuento de Hoffman, sobre cuyo análisis construye Freud la categoría de lo siniestro o «unheimlich», no se sabe distinguir entre lo real y lo ficticio. ¿Qué es más real, Olimpia o Clara? ¿No será acaso la muñeca Olimpia, ese fantasma lleno de vida que como todo fantasma es un cuerpo inerte, más real que Clara? ¿No es acaso lo real lo necesariamente «forcluido» por lo mundano, por el orden de la identidad y el discernimiento?

Trias no trabaja categorías psicoanalíticas tales como la conocida triada de lo real, lo simbólico y lo imaginario. Y en este sentido se echa en falta, quizá, un mayor detenimiento en un aspecto, a mi modo de ver, esencial para entender lo siniestro: la cuestión del doble, la cuestión del fantasma, pues lo siniestro conlleva una consideración del fantasma en su literalidad de aparecido, cuando la sombra del sujeto se desplaza en el espacio óptico del Yo, cobrando insoportable autonomía propia (el ectoplasma tiene que ver con esto). El doble asegura al Yo, pero ahí está el peligro, la amenaza.

No obstante, Trias ha llevado su reflexión al campo concreto del arte, consiguiendo una exposición clara y elocuente de lo que significa la categoría de lo siniestro en la estética. Si la categoría kantiana de lo sublime abre la belleza hacia la aprehensión de lo informe y lo ilimitado por la cumplida mediación entre el espíritu y la naturaleza, sólo lo siniestro permitirá dar cuenta de lo inquietante de esa «infinitud», de ese rostro demoníaco y tenebroso de lo divino, del abismo. Si Kant significa una ruptura con la concepción greco-renacentista de la belleza como armonía y proporción, Freud va a ir más allá al romper la propia idealidad kantiana, esa unidad en el hombre a través del sentimiento de lo sublime, entre lo infinito y lo finito.

Analiza Trias, en la segunda parte, la metafísica neoplatónica de la Academia florentina (Marsilio Ficino y Pico della Mirandola) que es, sin duda, la concepción estética prekantiana más elaborada. El «deseo de belleza» va a colocar a Eros por encima del «nous». La belleza es lo más cercano al Uno, es el lugar intermedio entre la unidad y su primera hipótesis. Es una belleza formal esencialmente inmaterial. Pero la diferencia entre amor profano o terrestre y amor místico o celestial dará lugar a un curioso debate que tiene que ver con lo que Trias va a llamar aquí el «experimentum crucis» de esta estética florentina: el más allá del límite que esta categoría tradicional de la belleza establece, «el fondo tenebroso de cuya ocultación brota la bella apariencia» (pág. 58). La belleza está animada en el díptico de Botticelli («Alegoría de la primavera» y «El nacimiento de Venus») por ese límite que la cuestiona y la sostiene. Cuidadoso y sugestivo análisis

el que Trias hace de estos dos cuadros. Nos muestra cómo el arte de Botticelli, como todo arte, es un velo que muestra lo evidente y ceta el misterio, por lo que bien se podría decir que es, a su vez, un des-velo, y eso es lo que hace al arte incorruptible más allá de la «corrupción» de sus autores o mecenas. Añadiré que, en mi opinión, el bosque de la «Alegoría de la Primavera» como la concha de «El nacimiento de Venus» podían decirnos mucho de lo siniestro. ¿Acaso no es en el bosque donde habitan los fantasmas y no es la concha lo siniestro femenino; la mujer que nace de su propia concha, la belleza naciendo no ya de lo sublime sino de lo siniestro.

El análisis de la película de Hitchcock, «Vértigo», nos demuestra cómo lo siniestro ha entrado abiertamente en escena. ¿Cómo el cine, imagen en movimiento, consigue que la imagen inmóvil, muerta, se muestre al ojo oblicuo o vacío, a la mirada? Ciertamente Trias compone un método de análisis eficaz: trata el film como una serie de cuadros, como una nueva «alegoría de la vista», según la vieja idea de Jan Brueghel. Interesante perspectiva que, al menos aquí, se revela extraordinariamente sugestiva.

La cuarta parte del libro está dedicada a «Freud y la Tragedia griega». Conocedor Trias tanto de la tragedia griega como de Freud, sabe que la «catharsis» no es mera mecánica de aberración sino que pone en juego tanto la «historia» de un origen mítico como el mito del propio sujeto. Por este camino se abre la comprensión del complejo de Edipo que se relaciona con algo más estructural que la mera formalidad de la familia nuclear.

Por último, el estudio sobre el barroco o la «escenificación del infinito» refleja cómo el juego de metamorfosis se hace infinito. Las máscaras apuntan a un simulacro de totalidad que, definitivamente, es juego. Hay un desarrollo del barroco que Trias no analiza y que a mí me parece muy sugerente: me refiero al rococó. El rococó rompe con el barroco, sin embargo, en un punto fundamental: el espacio. En el rococó ya los propios espacios se confunden, no se delimitan, lo que se busca es el infinito en los trozos de materia o grafos, se busca lo infinitesimal y ya no tanto la línea que lo separa. De ahí que sea un estilo que puede llamarse femenino (se sabe que la concha es, por lo demás, su figura principal, en el que la curva es la expresión repetida de la línea. Ya no hay Razón fundamental ni Teología, las determinaciones son múltiples. En esta perspectiva Joyce podría, incluso, incluirse dentro de un cierto estilo rococó: la misma forma enlazada con otras, como si el tiempo y el espacio se estorbaran (el conocido juego del «cadavre exquis»).

Este libro de Trias es un libro contenido. Limitado en su propósito y en su exposición, que tiene por ello la virtud de aclarar y al mismo tiempo sugerir, lo cual no está nada mal. Un libro, finalmente, muy agradable de leer. Se puede pedir más, se puede querer abrir la reflexión hacia asociaciones menos categorizables. Pero bien pudiera responder que eso de las asociaciones es ya asunto del lector.

Francisco PEREÑA GARCIA

ALEGATO POR CIERTA ANORMALIDAD

Joyce McDougall
Editorial Petrel. 1982

En su prólogo de 1920 a la cuarta edición de los Tres Ensayos, afirma Freud que únicamente a los analistas más pacientes y con la «habilidad técnica necesaria para llevar el análisis hasta los primeros años infantiles», les cabría descubrir el comienzo de la sexualidad humana descrita en un texto que, por lo demás, «bien podría haber quedado sin ser escrito si el hombre supiera cómo aprender algo de la observación directa del niño». Hay en los párrafos que cito una alusión, directa, a las resistencias que en general despierta el descubrimiento y manifestación de la pregenitalidad que se renueva, más o menos explícitamente, en cada oportunidad que tiene de volver al tema. Pero concretamente en ese prólogo escrito aproximadamente a la par que formulaba la segunda teoría de pulsiones, tiene un interés que no es ajeno a la acogida que ésta recibió por parte del grupo de discípulos; incluso los menos críticos, los más dispuestos a escuchar la palabra del maestro, se mostraron reacios a aceptar la hipótesis de la pulsión de muerte aunque ella consti-

tuía para Freud el núcleo real de las resistencias del ello, clave para entender el sentido de la compulsión a la repetición. Resistencias, pues, a la sexualidad infantil en general y a la pulsión de muerte en particular, que tienen vigencia y su expresión en la clínica.

Esta introducción quiere servir como telón de fondo para ese valiente alegato por cierta anomalía en la medida en que Joyce McDougall, excepción de la regla, parece abordar la «odisea» que un proceso analítico representa de manera distinta a lo que, desde Freud, se viene admitiendo por la mayoría como las características psíquicas que un paciente de análisis debe reunir; en síntesis, y aunque cabe expresarlo de muchas otras maneras, los que han logrado dar una solución neurótica a su complejo de Edipo, lo que permite pensar, y decir, que el psicoanálisis es cosa de sanos. Es como si la teoría —en unas escuelas más que en otras— y en consecuencia la técnica, tropezaran con los mismos, o casi los mismos, límites con los que tropezó Freud: los que oponen la oscura economía del narcisismo. Frente a esta idea arraigada no es difícil ir un poco más allá y deslizarse por simple prejuicio diagnóstico a aplicar esa imprecisa etiqueta de inanalizable.

Sin embargo, el ideal neurótico, «el buen neurótico clásico», resulta a veces perfectamente impermeable a un proceso analítico que no llega a desencadenarse. A Joyce McDougall sus años de experiencia clínica le han llevado a pensar —y el libro es fruto de esa experiencia y de ese pensamiento— que, por el contrario, los llamados pregenitales, con un yo «débil» o como quiera que se catalogue a aquellos cuya sexualidad, pregenital, cumple la función de proteger una identidad fallada primariamente, son en ocasiones protagonistas insospechados de «esa aventura fructífera y fascinante» que un análisis puede llegar a ser.

De una autora copiosa en sugerencias, redescubrimientos teóricos puestos al servicio de la clínica, originalidades y una independencia de juicio nada comunes, me llama particularmente la atención la actitud que se desprende a lo largo de las vicisitudes clínicas que narra, y elabora tomando en su ayuda aportes de diferentes autores. Un cierto prejuicio positivo respecto al síntoma frente al que privilegia esta pregunta: ¿contra qué mal peor defiende? Hay en ese respeto por la defensa que sostiene la fragilidad estructural de los pacientes que trata, toda una manera de situarse como sujeto que la permite aventurarse en análisis de los llamados casos límite, suspendiendo el «riguroso anatema» que pesa, como resistencia recalcitrante, sobre la pregenitalidad cuando sus manifestaciones no se ciñen a la forma negativa neurótica. Resistencias de las que ya habló Freud y luego radicalizó Lacan afirmando que sólo existen las del analista para que alguien pueda, por primera vez, experimentar, pensar, poner en palabras, lo que fue un sufrimiento «que el espíritu no es capaz de medir».

Enero, 1983.

María REDONDO

HANDBOOK OF CLINICAL NEUROPSYCHOLOGY

S. B. Filskov y T. J. Boll

John Wiley & Sons. New York. 1981

La Neuropsicología es la disciplina que estudia las relaciones entre el cerebro y la conducta. Se sitúa, por tanto, en la intersección entre las neurociencias y las ciencias de la conducta. La Neuropsicología Clínica podría definirse como el estudio de los trastornos o déficits psicológicos observables en pacientes con lesiones o disfunciones cerebrales.

La Neuropsicología Clínica, que nació en 1861 cuando Broca estableció una relación definida entre una lesión focal cerebral y la función del lenguaje, tiene ya una larga historia y muchos de sus resultados han sido incorporados a la práctica neurológica o psicológica. Todo clínico se encuentra más o menos familiarizado con la semiología de las afasias, aprasias, agnosias o amnesias y conoce diferentes tipos o localizaciones lesionales cerebrales que las producen.

Existen varios textos que recogen todos estos conocimientos y definen con mayor o menor profundidad el campo de aplicación de la Neuropsicología, tanto en su vertiente experimental en animales como humana. Sin embargo, se echa de menos un manual que ofrezca una idea clara y práctica de cómo se trabaja actualmente en Neuropsicopatología Clínica, cuáles son los campos que se abordan, con qué técnicas y con qué limitaciones...

El texto editado por Filskov, S. B. y Boll, T. J.: «Handbook of Clinical Neuropsychology», se propone presentar, de forma actualizada, las áreas más importantes de aplicación de la Neuropsicología, así como algunas perspectivas de desarrollo futuro, en su dimensión clínica aplicada.

Este propósito hace que el texto se estructure de una forma aparentemente irregular, ya que no sigue un esquema semiológico o anatómico como es habitual en otros similares, sino que está organizado por grandes áreas de interés clínico. Cuando el lector capta este planteamiento y se adentra en los diferentes capítulos, redactados por excelentes especialistas actuales en cada tema, aprecia el gran interés práctico de este manual.

El texto se divide en cinco partes. La primera de ellas se dedica a exponer algunos conceptos básicos. Filskov y cols. resumen en un capítulo las bases neuroanatómicas y funcionales de la conducta y los principales cuadros sindrómicos producidos por lesiones cerebrales focales. Es de destacar el modelo de «white box» que proponen (frente al de «black box» behaviorista) según el cual el objeto principal de la Neuropsicología es la comprensión de la organización interna y las operaciones del cerebro que median la conducta. S. Berent expone de forma relativamente desordenada los aspectos más relevantes de la asimetría funcional hemisférica. K. Pribam resume su larga experiencia en el estudio de la psicofisiología de las emociones y define las dimensiones más importantes de análisis de este amplio y confuso campo. Finalmente, J. Botwinick recoge en un capítulo muy bien estructurado, con gran claridad y documentación, las múltiples vertientes de estudio de la Neuropsicología del envejecimiento cerebral. En general, esta primera parte es la más irregular de todo el libro, tanto en su concepción como en su ejecución por cada uno de los colaboradores.

La segunda parte está dedicada al estudio de algunas áreas clínicas específicas de la Neuropsicología. Se pueden destacar cuatro capítulos por su calidad e interés. S. Blumstein expone la perspectiva neurolingüística en el estudio de las afasias y detalla algunos resultados prometedores de la aplicación de la lingüística al estudio de la organización cerebral. H. Hécaen describe de forma clásica y práctica la semiología y clasificación de las apraxias. E. Russell plantea, de forma espléndida, la problemática de los trastornos de memoria, su clasificación, semiología, metodología de estudio y modelos teóricos aplicables. Finalmente C. Dodrill aborda, de forma ordenada y sistemática, las diferentes facetas del estudio neuropsicológico del paciente epiléptico. La lectura de estos capítulos es recomendable para cualquiera que esté interesado en estos temas.

En la tercera parte, dedicada a la Neuropsicología del desarrollo, destaca el capítulo de M. Kinsbourne sobre la génesis de la dominancia cerebral y, sobre todo, el análisis que hace T. Boll de los problemas de evaluación del niño con lesión cerebral.

Las partes cuarta y quinta, dedicadas a procedimientos diagnósticos y perspectivas terapéuticas respectivamente, son quizá las aportaciones más originales de este texto por la dimensión aplicada y práctica que comportan. Es sumamente interesante el capítulo de R. Heaton y T. Crowley sobre los efectos que la enfermedad psiquiátrica y su tratamiento produce sobre la evaluación psicométrica. S. Heaton y R. Heaton resumen correctamente el planteamiento y problemática general de la evaluación neuropsicológica y S. Filskov y D. Leli hacen un somero repaso de algunas de las pruebas psicológicas más frecuentemente utilizadas. La revisión de la escala de Halstead-Reitan que hace T. Boll es magnífica por su documentación, experiencia y juicio crítico. Ch. Golden presenta los resultados de una interesante experiencia: la estandarización según criterios de la psicometría occidental de las pruebas creadas con un planteamiento clínico por el gran neuropsicólogo soviético A. Luria.

Todos los trabajos recogidos en la quinta parte ofrecen el aliciente de reflejar, de modo directo, con las limitaciones y expectativas de un proceso en desarrollo, lo que es la práctica cotidiana de la Neuropsicología Clínica y, sobre todo, su aplicación a la rehabilitación del paciente con lesiones cerebrales. Son todos ellos trabajos parcelares y se echa de menos, en particular, un capítulo dedicado a la rehabilitación del lenguaje en los afásicos.

Tras esta reseña y análisis temático puede comprenderse que este texto no es un manual general de Neuropsicología. Hay muchos temas que no se tratan o se abordan de pasada y fragmentariamente. Otros problemas son expuestos en varios capítulos con diferentes perspectivas a

veces de forma repetitiva. Hay capítulos, como el de la Neuropsicología del envejecimiento cerebral, que no encajan en el apartado donde están ubicados. En general es preciso señalar que el texto no está diseñado como un conjunto organizado y acabado; más bien responde al deseo expresado por sus editores de reflejar algunas aportaciones valiosas y actuales al campo de la Neuropsicología Clínica. Sus méritos mayores son la orientación clínica de todos los trabajos recogidos, la actualización y revisión crítica que se hace de cada tema, la selección de las temáticas neuropsicológicas más actuales y el gran caudal de sugerencias prácticas que aporta. Esta obra puede definirse como un conjunto excelente de aproximaciones experimentadas y documentadas al complejo mundo de la Neuropsicología. Cualquiera de ellas puede interesar al lector y el contraste y confrontación entre unas y otras constituye un ejercicio estimulante y enriquecedor para toda persona interesada en el conocimiento de las relaciones entre el cerebro y la conducta.

T. DEL SER QUIJANO

PSICOLOGIA DE LA MUJER EMBARAZADA

Mercedes Varela

Ed. Dirección General de Juventud y Promoción Socio-Cultural, 1982

El libro de Mercedes Varela está planteado como una revisión bibliográfica; sin embargo, hay toda una labor de ordenación y esclarecimiento, con un modelo sintético y creativo. Es un trabajo realizado exahustivamente, en el que la selección bibliográfica ha sido realizada con criterios globalizadores, permitiendo casi todas las lecturas posibles que desde el concepto del embarazo pueden hacerse. Así la autora reseña, sintetizando, trabajos que abordan el embarazo tanto con una perspectiva antropológica como legal, sociológica o de la psicología profunda. La apertura del campo permite, de este modo, situar el tema en un enfoque multidimensional, evita cerrarlo y sienta, a mi modo de ver, las bases para posteriores estudios sobre la maternidad, pudiendo constituirse primer punto de partida para tantas direcciones como se quiera.

La estructuración del libro le permite una división en dos partes: Una primera parte sobre la condición femenina, una aproximación psicológica que sirve para categorizar, a través de la literatura, las opiniones en este momento consensuadas o en debate como, por ejemplo, el proceso de discusión abierto en torno a la evolución y cambio del rol materno; la identidad femenina vinculada al rol maternal en contraposición con la identidad profesional de la mujer. Un análisis sobre la sexualidad femenina desde lo sustancial a los conceptos masculinidad-feminidad como código social y herencia cultural, ligada a mitos, etc.

En la segunda parte trata más directamente sobre la psicología de la mujer embarazada, resumiendo: «Cabe destacar tres grandes grupos de investigadores cuyas ideas sobre el embarazo difieren entre sí:

- a) En primer lugar los que consideran la gravidez como una etapa de bienestar.
- b) Otros mantienen la opinión de que es un período crítico para la mujer en un proceso evolutivo hacia la madurez...
- c) En tercer término, la opinión de que la mujer reacciona ante su embarazo de forma individual y esta reacción depende, en gran medida, de su total personalidad, así no tiene sentido generalizar.»

Sin embargo, pese a las distintas opiniones, casi todos los autores pueden admitir el significado de revivencia conflictual para la mujer durante su preñez. El estudio evolutivo del embarazo nos ofrece distintos perfiles psicológicos; el sentido del parto como separación —miedo a la propia muerte. Acaba el libro con un análisis bibliométrico sobre la psicología del embarazo, análisis que aparte de la información que proporciona, puede ser útil para consulta.

Este libro que empezó siendo su memoria de licenciatura, le ha valido el premio nacional «María Espinosa», otorgado por el Ministerio de Cultura.

Ana Isabel ROMERO